

Almas de niño

Hay en cada infancia todos los mágicos hilos de la trama de un cuento. Y esto se ha comprendido tan bien que para esos queridos niños se escriben historias maravillosas que han sido los primeros en balbucear.

Es que conocen a los silfos y a los duendes. Conocen a las hadas, que nacieron en la mirada amorosa de una madre. Los cantadores son sus amigos. Son los confidantes del agua y del fuego, de los objetos y de las cosas. Hacen surgir de la nada la magia de las muñecas. Tal vez por la noche, en sueños, viajan con las aves. Los animales les hablan; las flores, las hierbas, los insectos, les revelan los secretos de la tierra y del aire, y si aplastan a algún bichito o arrancan alguna planta es para castigarlos porque no supieron enseñarles nada.

Porque son curiosos y en lo maravilloso de su pura avidez llegan algunas veces hasta la crueldad.

Son valientes, generosos, químicos, ardientes, impacientes, inquietos... son, en fin, conquistadores.

Tienen mucha más inteligencia que las personas mayores; su malicia franca o disimulada posee algo de la aérea fantasía de los poetas.

Presienten todo lo que ignoran y su lógica iguala al impulso de su imaginación.

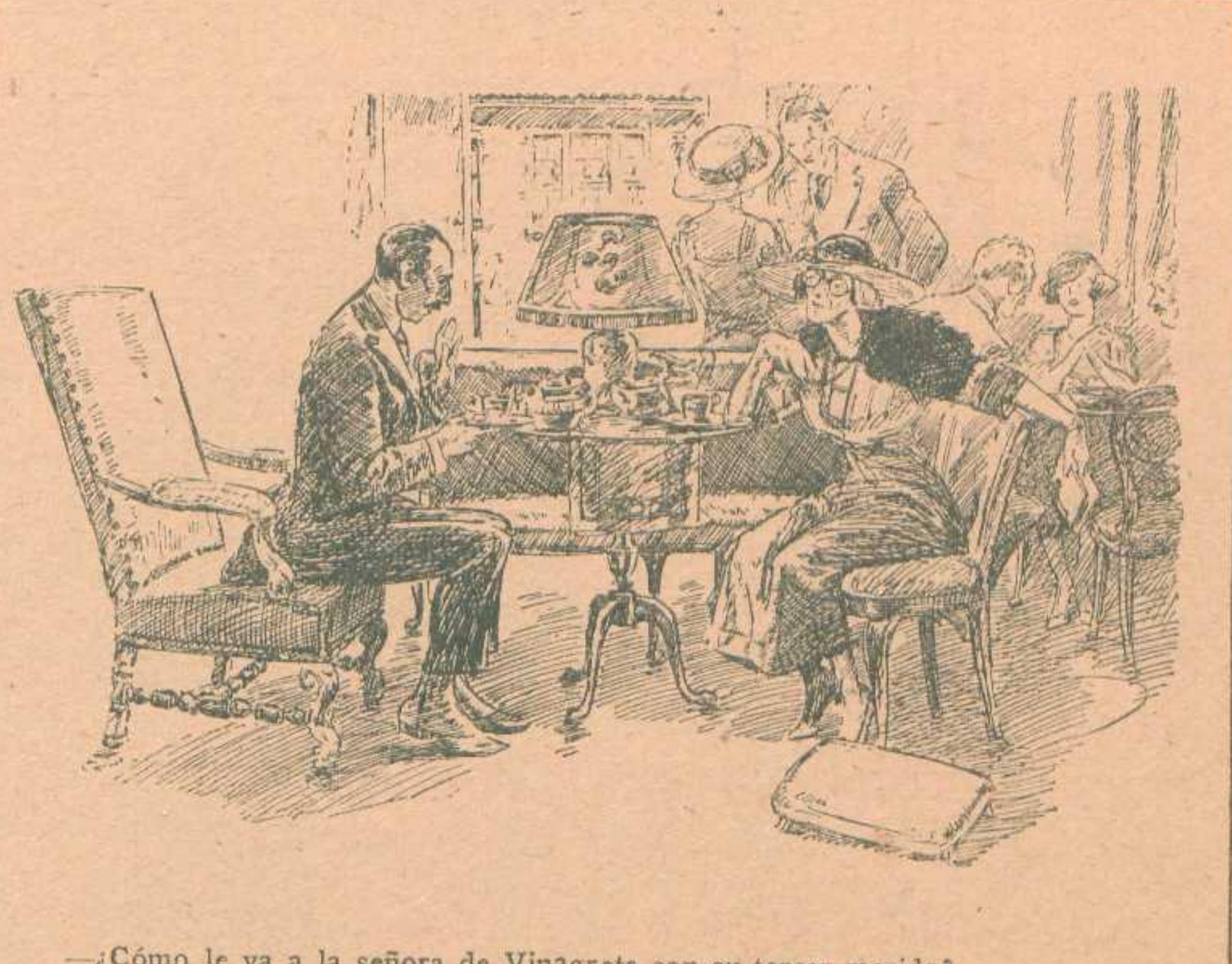
Son orgullosos y cariñosos. Si alguna vez se exaltan es por algún ideal puro. Conocen el amor en toda su fervorosa e inocente ternura, que es la más humana.

A menudo, no saben expresar lo que sienten; y cuantas veces—oh, sí!—no se les adviña ni se les comprende.

Son caballerescos y apasionados, y el esplendor de su alma infantil aclara toda la vida.

Gerardo d'Houville.

¿Sabe usted en qué consiste el patriotismo en América?



Musset y el ajedrez

El hecho ocurrió en el antiguo Café de la Regencia, en donde se reunía Musset con sus amigos para jugar al ajedrez.

Los espectadores eran numerosos, y entre los más asiduos e interesados en el juego se hallaba un tal Beaubillet, persona excelsa, pero muy serio y reservado.

Desde hacía dos años, Beaubillet, con ad-

mirable constancia, se ponía junto al tablero.

Cuando se le consultaba alguna jugada dudosa, movía la cabeza sin responder. Al fin, una noche, Musset, exasperado por aquel mutismo, dió un puñetazo en la mesa y gritó:

—Pero contestarás de una vez?

Y sin perder su flemática habitual repuso Beaubillet:

—Pero si no sé jugar!

